

LA BÚSQUEDA ESPERPÉNTICA Y MÁGICA DE UN MANUSCRITO

Jaime Millás

La casa del manzano. Carmen Montalbán. Libertarias/Produphi

El poeta Manuel Reyes, de seudónimo Mané Toubes, protagonista de esta historia literaria, procede de la gran ciudad. Llega a España al encuentro de su memoria perdida, revestido de la gloria y el reconocimiento social alcanzados en México, pero se ve abocado a transitar por entornos populares y laberintos fantasmagóricos si quiere encontrar en este esperpéntico país un viejo manuscrito, *La casa del manzano*, en manos —cree— de un íntimo amigo desde hace veinte años. El ma-

nuscrito encierra —eso cree también— la clave que iluminará todo lo que en ese tiempo pasó por su inexistencia.

Pero no será realmente así. Más bien se encontrará a sí mismo. «*Durante mis últimos años no tuve afectos. Insolidario hasta conmigo mismo, los rechazé*», dice. En el camino de la búsqueda aprende a gozar de nuevo de la compañía, de la solidaridad y el deseo. Los perfiles de personajes femeninos y masculinos en la trama del manzano quedan voluntariamente desdibujados para valorar, sobre todo, los sentimientos sublimados del amor y de la amistad.

Pero esta pretensión, señalada ya en los primeros episo-

dios de la novela, se transforma en una leve sombra, ante la magnificencia y el derroche literarios con que Carmen Montalbán construye un mundo atado a la tierra, primitivo y rudo, inquietante, trabado en la frontera que los sueños y las pesadillas mantienen con la vigilia. Su preparación académica en literatura clásica medieval le permite reconstruir en ésta, su primera novela, unos usos, modos y tradiciones ya perdidos, de parte de la sociedad española, que incitaron a los primeros literatos castellanos a construir supuestas biografías en las que fábulas, alegorías e historias paralelas integraban un todo narrativo.

La novela marca el contraste del mundo del que procede Manuel, urbano y refinado, con el entorno de las nuevas gentes, populares y desgarradas, que lo reciben y le acosan en la búsqueda del manuscrito. Ello da pie a que un doble lenguaje siempre esté presente: la retórica del poeta frente a las formas dialectales de los numerosos personajes. El incesante diálogo, el afán de describir precipitadamente, sin recrearse en escenarios ni personajes, imprimen un ritmo muy regular a la narración, que por su extensión tenía el riesgo de desinflarse antes de agotar la propuesta creativa.

La casa del manzano no adolece de lo que suele ser fre-

cuente en una primera obra: intentar contarlo todo, la imposibilidad de dejar al margen elementos que afloran en la pulsión creativa, pero que no añaden comprensión al texto. Al tratarse de una literatura muy marcada por la acción y los diálogos, Carmen Montalbán ha conseguido un libro prematuramente maduro y ágil.

La autora, de 31 años, pacesca, de Talarrubias, profesora de EGB y especialista en filología hispánica, ha recogido tradiciones e historias que en sus orígenes adolescentes corrieron de boca en boca para destilarlas entre sus deseos con la perspectiva de la incipiente madurez. **P**